



## **JFK, los Beatles... y Stan Lee**

Stan Lee ayudó a revolucionar y a modernizar la industria del cómic estadounidense en los años 60, de la misma manera que Elvis y los Beatles revolucionaron la música y transformaron toda una cultura.

*"Stan Lee: An Appreciation" The Boston Herald, 13 de noviembre de 2018'*

**¡No podemos permitir que esta nación se convierta en una dictadura del... Doctor Doom!... ¡Debemos de seguir adelante y avanzar sin vacilar!  
¡Y ahora, señores, si me disculpan, Caroline tiene que irse a la cama!**

Presidente John F. Kennedy, por Stan Lee en  
*Fantastic Four #17, agosto de 1963*

**E**n mayo de 1963, Stan Lee proclamó a los cuatro vientos que comenzaba “la Era Marvel de los Cómics”.

De hecho, las portadas de la mayoría de los cómics Marvel que salieron ese mes anunciaban ese hecho en grandes y llamativos titulares:

**MARVEL COMICS GROUP INICIA  
“¡LA ERA MARVEL DE LOS CÓMICS!”**

Resultó ser algo más que un eslogan acertado. Lee y sus colaboradores se encontraban en medio de la creación de esa misma “Era Marvel”, más conocida como la década de los sesenta.

Mil novecientos sesenta y tres fue quizá el año más innovador de la vida de Lee. Con sus socios creativos Jack Kirby, Steve Ditko, Larry Lieber (hermano de Lee), Don Heck y algunos más, estaban reinventando los cómics, ideando personajes que

cambiarían la cultura pop. Sólo ese año se produjo el nacimiento de Spiderman, el Dr. Extraño, los Vengadores y la Patrulla X, además de continuar la pasión por Los Cuatro Fantásticos, que Lee y Kirby habían lanzado en el 61.

Joven y enérgico a los cuarenta años, a pesar de tener menos pelo, Lee hacía lo que hiciera falta para crear cómics como nunca se habían visto. En su punto álgido, esto incluía subirse a las mesas y hacer poses para mostrar a sus dibujantes el tipo de acción que quería que tuvieran las historietas. Además, enseñarles las poses, los saltos, los gritos y los gestos eran su forma de transmitir y tratar de contagiar su pasión a los dibujantes.

Pero a pesar de su entusiasmo, ni siquiera Lee podía saber que Spiderman se convertiría en el modelo a seguir de todo niño que tuviera la sensación de no encajar, al igual que la Patrulla X haría que todo adolescente marginado sintiera que había una familia de frikis a la que podía pertenecer. No sabía que los fumetas hípsters, que leían las lisérgicas historias del Dr. Extraño de Ditko, pensaban que los autores de esas historias también estaban colocados. (¡Y esto cuando Robert Crumb aún se ganaba la vida dibujando tarjetas de felicitación de cumpleaños!).

Todo lo que Stan Lee pensaba que estaba haciendo era editar (y escribir) una gran cantidad de cómics de superhéroes que parecían estar calando entre los niños, los adolescentes y (esto era algo nuevo) los estudiantes universitarios. Había intentado captar un público más adulto -incluso había sacado un cómic llamado *Amazing Adult Fantasy*, cuyo eslogan era “La revista que respeta tu inteligencia”- y los indicios apuntaban a que podría tener éxito.

Lee era famoso por ser un sabelotodo de gran energía al que le gustaba divertirse con su equipo. El problema era que el gran número de despidos de 1957 le habían dejado sin muchos trabajadores con los que divertirse. Así que, al no tener otra salida, ese carácter lúdico -en lo que él consideraba su último intento de seguir en el mundo del cómic- empezó a manifestarse en toda su extensión en la forma de contar historias y en la manera de dirigirse a sus lectores, incluyendo la proclamación de una “nueva era” para los cómics de Marvel.

Ese enfoque alocado, combinado con sus propias habilidades narrativas y las de los dibujantes con los que trabajaba, parecía surtir efecto. Los niños que adoraban el humor irreverente, aunque a veces exagerado, de Steve Allen, Jonathan Winters y Ernie Kovacs<sup>2\*</sup> parecían encontrar el enfoque de Lee en los cómics novedoso y atractivo. Las ventas aumentaron y también la atención que los niños prestaban a los cómics. Lee se daba cuenta de ello por las cartas que llegaban a su mesa y por el flujo constante de críos que intentaban colarse en las oficinas de Marvel para conocerle a él y al grupo imaginario de dibujantes de los *Bullpen Bulletins* a los que había convencido de que les esperaran allí para estrecharles la mano.

Aun así, pasarían un par de años antes de que gente como los cineastas Federico Fellini y Alan Resnais se presentaran en Marvel para conocer a Lee; antes de que las estrellas de rock de San Francisco que estaban de gira por la ciudad se pasaran a saludar; antes de que la revista *Esquire* dedicara un espacio significativo a los cómics y a los fans de Marvel; y, desde luego, antes de que un estudiante de Literatura Inglesa de Princeton ungiera a Marvel Comics como “la mitología del siglo XX y a Lee como el Homero de esa generación”. Tendría que pasar más de un año para que las universidades empezaran a invitarle como conferenciante. Lee sabía que estaba influyendo en las conversaciones de los niños en las heladerías y en los comedores escolares, pero un par de acontecimientos trascendentales le hicieron darse cuenta de que lo que estaba haciendo no era solo una respuesta a los sucesos históricos que estaban viviendo, sino que empezaba a tener cierta influencia sobre dichos sucesos, ocupando un lugar privilegiado en el debate cultural.

Lee había sufrido suficientes altibajos en la industria del cómic como para poner todos los huevos en la misma cesta. Siempre buscando trabajos secundarios (o incluso una salida total del mundo de los cómics), ya sea haciendo trabajos publicitarios por cuenta propia o lanzando tiras cómicas para las agencias de tiras de prensa, también escribía y editaba cuando podía para las otras revistas de Martin Goodman. Estas eran publicadas por la Magazine Management Company de Goodman, de la que formaba parte Marvel. (Además de ser su jefe, Goodman era también su primo político, lo que resultaría, con el paso de los años, un arma de doble filo). Para Magazine Management, Lee editaba una publicación de humor llamada *You Don't Say*. La revista consistía en fotos de famosos de la época, incluidos políticos, para los que escribía divertidos diálogos. Era un trabajo fácil y agradable que le generaba unos ingresos extra. Además, Lee creía que el nivel intelectual del humor que tenía la revista podría incluso permitirle competir con la venerada revista *New Yorker*. Y aún más: creía que *You Don't Say* tenía el potencial de convertirse en una revista importante que le permitiría abandonar los cómics para trabajar a un sector más tranquilo, mucho más apropiado para un adulto.<sup>3</sup> Los dos primeros números se vendieron bien. Para la portada del tercer número, Lee utilizó una foto del entonces presidente John F. Kennedy (que en realidad había hecho cameos gratuitos en algunos cómics de Marvel). La figura universalmente conocida estaba hablando desde un atril que tenía un enorme escudo presidencial y detrás de él había un escudo más, este de mayor tamaño. El gag de Lee para esta imagen redundante fue hacer que JFK dijera: “Permítanme presentarme”.

Así lo recordaba Lee:



Mientras la revista estaba en imprenta, John F. Kennedy fue asesinado. No podíamos permitir que ese número saliera a la venta. Se

destruyeron todos los ejemplares. Me sentía tan apesadumbrado que ni siquiera consideraba la posibilidad de continuar con *You Don't Say*.<sup>4</sup>

(Parece ser que algunas revistas salieron de la imprenta, ya que de vez en cuando aparecen ejemplares a la venta en internet).

Flo Steinberg, que en aquel momento acababa de ser contratada como secretaria de Lee, señaló el efecto unificador que tuvo la tragedia nacional. Así lo recordaba:



La gente de Magazine Management se burlaba de nosotros, de la gente de los cómics. La única vez que los distintos departamentos se unieron de verdad fue cuando nos enteramos del asesinato del presidente Kennedy. Todo el mundo dejó de hacer lo que estaba haciendo y se reunió para escuchar las noticias de la radio.<sup>5</sup>

Toda la nación estaba aturdida por el asesinato de Kennedy el 22 de noviembre. Los cómics de Marvel compartían la misma sensibilidad alegre y optimista que la gente asociaba con la joven administración Kennedy. (Al igual que JFK, Lee y Kirby formaban parte de la generación de la Segunda Guerra Mundial. Kirby nació el mismo año, 1917, que Kennedy).

¿Se habría ofendido alguien si ese número de *You Don't Say* hubiera salido a la venta? Tras el asesinato, había tantas revistas con Kennedy en la portada que es difícil imaginar que esta hubiera llamado mucho la atención.

Lo más significativo era que Lee pensara que él y su trabajo eran lo suficientemente importantes como para que la revista tuviera que retirarse de la venta. Aunque fuera de su público de modernos, enterados y numerosos preadolescentes no se dieran cuenta todavía de que lo que hacía era importante, él sí lo hacía. (Ya en los años 40 y 50, el material en el que trabajaba llamaba la atención de los medios de comunicación. ¿Por qué no iba a hacerlo ahora?) No tendría que pasar mucho tiempo para que todo el mundo estuviera de acuerdo con él sobre la relevancia de los cómics de Marvel.

Mientras el país trataba de procesar y comprender el asesinato de su presidente, Lee, como el resto de la industria del entretenimiento, seguía adelante, cumpliendo sus plazos, publicando cómics, dando impulso a Marvel.

Durante ese mismo periodo, hubo otra figura relevante de la cultura popular, también de mediana edad, que, a una mayor escala, tuvo que enfrentarse a los mismos retos: Ed Sullivan. Sullivan era el influyente presentador de un popular programa de televisión que llevaba su nombre. Al igual que Lee, tuvo que ingeniárselas para distraer al público estadounidense tras el trauma que habían sufrido.

Sullivan había estado recientemente en Inglaterra, donde había sido testigo de primera mano del fenómeno de la “Beatlemania”. Los Beatles no sólo eran un grupo de rock extremadamente popular, sino que provocaban una histeria colectiva sin precedentes, especialmente entre las adolescentes. Al ver que los músicos nacidos en Liverpool también empezaban a ser populares en Estados Unidos, a principios del año 64 Sullivan los contrató para tres episodios consecutivos de su programa, que se emitía la noche de los domingos desde Nueva York. Aunque expertos como el gurú de la música pop Dick Clark pensaban que el grupo no era muy importante, el instinto de Sullivan le decía justamente lo contrario.

En el momento de su debut en directo el 9 de febrero, los Beatles se habían hecho enormemente populares en Estados Unidos, tanto como en Gran Bretaña, y cuando terminó el programa, eran aún más famosos. Haber visto al grupo en su primera actuación en el programa de Ed Sullivan se convirtió en un hito de la cultura popular. Al igual que con el asesinato de JFK, la generación del *baby boom* preguntaba al encontrarse: “¿Dónde estabais?” cuando el grupo pisó por primera vez el escenario del programa de Ed Sullivan.

La solución de Stan Lee al reto de cómo responder al asesinato de Kennedy había sido seguir haciendo cómics. En los cómics no se hizo ninguna mención directa al asesinato. Quizá pensó que no había nada apropiado que pudiera decir. (Unos años después, su actitud sobre comentar públicamente los acontecimientos cambiaría drásticamente). Pero no cabe duda de que era consciente de lo que ocurría en el mundo de la cultura, incluido el fenómeno de los Beatles. En la sección de cartas de los lectores del *Four Fantastics* #31, que estaba en los quioscos en julio del 64, David Grace, un lector de Liverpool, escribió:



Por cierto, ¿sabías que durante trece días en Estados Unidos hubo otros Cuatro Fantásticos más? ¡Estoy hablando de los Beatles! Dominan la escena musical como vosotros domináis la de los cómics.

A lo que Lee respondió:



¡Gracias, Dave! ¡Aunque no estamos muy seguros de a quién tenías que haber enviado tu carta, si a nosotros o a los Beatles!

Y en el *Strange Tales* #130, a la venta a finales del 64, Lee, con los dibujantes Bob Powell y Chic Stone, presentó una historia con el mismo título que el primer álbum americano de los Beatles, “Meet the Beatles” (Conoce a los Beatles). La historia -protagonizada por la Cosa y la Antorcha Humana de los 4F- incluía una subtrama en la que los héroes y sus novias tenían entradas para un concierto de los Beatles,

pero, debido a sus heroicas obligaciones, los chicos no pudieron asistir al concierto. Los chicos del flequillo hicieron un par de apariciones en la historia, así que al menos los lectores sí pudieron “conocer” a los Beatles.

Al igual que Ed Sullivan, Stan Lee sabía que los Beatles eran importantes en la cultura pop, aunque no entendiera del todo por qué, incluso mientras estaba ocupado editando cómics que también eran importantes culturalmente en ese momento. A diferencia de los Beatles, Lee no tenía (al menos no todavía) un público que acudiera a las salas de conciertos para vitorear su obra. Sin embargo, al igual que los Beatles, con sus seguidores y sus clubes de fans, Lee consiguió que los lectores de Marvel se sintieran, simultáneamente, parte de un movimiento popular y de una sociedad secreta de gente con los mismos gustos. Eso no fue algo fácil de conseguir.

Como Sullivan, Lee estaba haciendo lo que ahora llamaríamos una selección cultural, dando a su público lo que no sabía que quería hasta que sus cómics se lo daban. Como ha dicho el guionista de cómics Dennis O’Neil sobre Lee en los años 60, “durante unos siete años Stan no cometió ni un solo error. Estaba en racha, y todo le salía bien».<sup>6</sup> Dado el fenomenal éxito de los personajes y de la empresa que tanto contribuyó a crear, es justo decir que Lee se adelantó a su tiempo, aunque no se diera cuenta del todo a principios de los 60.

Pasarían varios años antes de que Stan Lee conociera -y hablara de negocios- con un par de miembros de los Beatles (al parecer eran fans de Marvel).<sup>7</sup> Y, con el tiempo, incluso se codearía con presidentes. Mientras tanto, con cada aventura de superhéroes, con cada respuesta a las cartas de los lectores, con cada exagerado texto de portada, ayudaba a moldear la cultura de su tiempo.

Junto con sus colaboradores-dibujantes, creaba las historias de Marvel. Por su cuenta, utilizaba esas historias -y los personajes que había creado con los dibujantes- para inventarse la Era Marvel. (A un lector que se quejaba de que llamar a la época la Era Marvel era presuntuoso, ya que había otras compañías en el negocio, Lee respondió: “De acuerdo, ¡que se inventen su propia era! Este es un país libre”).

En retrospectiva, estaba claro que, entre las figuras que dieron forma a la época, Stan Lee y Marvel Comics -que desde casi sus inicios eran sinónimos- iban camino de convertirse en importantes actores culturales. Pese a que Kennedy y los Beatles desarrollaron sus vidas y carreras en plataformas mucho más grandes que las de Lee en aquel momento, es innegable la influencia que los cómics que editaba acabarían teniendo en el debate cultural de entonces, y hasta en el de hoy en día.

Entonces, ¿estaba Stan Lee en el lugar adecuado en el momento adecuado -o hizo que su tiempo y su lugar fueran los adecuados-? Bueno, si has leído hasta aquí, sin duda tienes curiosidad por saber cómo llegó Lee a ser la figura fundamental que fue. Para averiguarlo, entonces -en la mejor tradición de los cómics y las películas de superhéroes- es hora de que hagamos un *flashback* y descubramos... ¡el origen secreto de Stan Lee!

# 2

## El hijo del sastre

**Mi padre no tenía... suerte... no encontraba trabajo. Se quedaba sentado en casa leyendo las ofertas de empleo. Me daba mucha pena.**

Stan Lee<sup>1</sup>

**S**tanley Martin Lieber, de nueve años, estaba sentado en su butaca en un glamuroso cine de la zona alta de Manhattan, hipnotizado por la única luz procedente de la pantalla de plata sobre la que se proyectaba un mundo de ensueño.

La carismática estrella de cine Warren William, que interpretaba a un poderoso fiscal en el melodrama *The Mouthpiece* de 1932 de la Warner Bros., parecía estar mirando fijamente al joven Stanley -quizás mirando a través de él- mientras presentaba sus alegatos contra un acusado de asesinato:



El eminente abogado de la defensa ha señalado que este caso se basa en una cadena de pruebas circunstanciales. Eso es cierto.

Pero las pruebas son una fuerte cadena que no puede romperse, una cadena que se ha enroscado en torno a este asesino como una pitón vengadora y lo ha puesto en manos de la ley.

Encantado por esta valiente actuación, Stanley decidió que, cuando creciera, se convertiría en abogado. O actor. O ambas cosas.<sup>2</sup>

De una u otra manera, quería, como Warren William, llegar a la gente, hacerla sentir y pensar.

No tenía ningún sentido que la familia de Stan Lee viviera en el número 777 de la avenida West End cuando él nació.

Pero así era. El edificio, situado en la esquina de la calle Noventa y ocho Oeste, se construyó en 1910, cuando la avenida West End se estaba convirtiendo en un lugar codiciado entre la creciente clase media judía de Nueva York. Aparecieron edificios de lujo de gran altura como el edificio del número 777, que sustituyeron a las pequeñas viviendas que bordeaban la avenida. Jack Lieber nació en 1885 (se desconoce si tenía hermanos), y su esposa, Celia Solomon Lieber, nacida en 1890, era la tercera de seis hermanos. Ambos eran inmigrantes rumano-judíos que habían llegado a Nueva York en los primeros años del siglo XX y se conocieron en la ciudad. Según la mayoría de los datos que tenemos, la pareja no tenía mucho dinero, aunque Jack trabajó regularmente como sastre hasta mediados de los años 20.<sup>3</sup>

Cuando Lee nació -como Stanley Martin Lieber- el 28 de diciembre de 1922, sus padres, Jack y Celia, no podían permitirse vivir en el 777. El barrio, junto a la línea de metro IRT, estaba idealmente situado para el trabajo de Jack Lieber en los talleres de confección, que abarcaban gran parte del oeste de Manhattan en aquella época, en los alrededores de la Séptima Avenida. Sin embargo, Jack no ganaba mucho dinero como trabajador del sector de la confección y estuvo casi siempre desempleado desde 1926.<sup>4</sup> El apartamento era pequeño y, desde luego, no era glamuroso. Lee dormía en la sala de estar y, en general, le parecía deprimente que su familia viviera siempre en apartamentos que daban a la parte trasera, y cuya única vista era una pared de ladrillo.<sup>5</sup>

Pero incluso un apartamento diminuto y oscuro en un edificio lujoso habría sido difícil de pagar para un trabajador de un taller de confección como Jack. Lee no recordaba en absoluto el apartamento de la Avenida West End, y dijo: “Creo que vivimos allí durante muy poco tiempo antes de mudarnos... Viví allí cuando tenía unos seis meses, así que mis recuerdos no son demasiado claros”.<sup>6</sup>

Tal vez los Lieber tuvieran un casero comprensivo o un pariente generoso -algunos parientes de Celia tenían algo de dinero<sup>7</sup>- y eso permitió a la familia vivir en un edificio elegante cuando nació su primer hijo.

Fuera como fuera, no pudieron hacerlo durante mucho tiempo y pronto se trasladaron a otras zonas más asequibles de la zona alta de Manhattan -en este caso, Washington Heights- en la década anterior a la construcción del puente George Washington. La familia pasaría los veinte años siguientes cambiando continuamente de apartamento en los barrios obreros y de inmigrantes de los Heights y del Bronx.

Nacido el mismo año que Kurt Vonnegut y Jack Kerouac, Lee llegó al mundo en medio de la Era del Jazz y de la Ley Seca (y la consiguiente cultura de los bares clandestinos) y del comienzo de la recuperación económica que siguió a la crisis económica posterior a la Primera Guerra Mundial. Pero no parece que su familia estuviera muy involucrada en el glamur de la época. Eran simplemente gente pobre



que intentaba sobrevivir. Tanto Lee como su hermano, el escritor y dibujante Larry Lieber (nacido el 26 de octubre de 1931), recuerdan que sus padres no se llevaban bien, y que a menudo discutían por el tema del dinero.<sup>8</sup>

Si los Lieber tenían problemas económicos en los años 1922 y 1923, que fueron relativamente prósperos, es poco probable que el crack bursátil del 29 de octubre de 1929 -cuando Lee tenía seis años- mejorara su situación. Lee recordaba haber ido a la escuela primaria 173, que estaba en la Avenida de la Universidad en el Bronx.<sup>9</sup> Pero la escuela primaria 173 estaba en realidad en Washington Heights. Lo más probable es que viviera en los Heights cuando iba al colegio, que se mudara al Bronx para ir al instituto y que volviera a los Heights en algún momento después de graduarse.

Según Jordan Raphael y Tom Spurgeon en *Stan Lee and the Rise and Fall of the American Comic Book*, “no había mucho dinero en el hogar de los Lieber, y la familia aceptaba a menudo la ayuda económica de las hermanas de Celia, que estaban en mejor situación económica... Jack era inteligente, pero difícil de trato y muy exigente, recuerda Jean Goodman, una pariente cercana. Era muy exigente con sus hijos... Celia, por el contrario, era cariñosa y se sacrificaba lo indecible por sus hijos. ‘Un padre tan exigente y una madre tan sacrificada, hacía que el ambiente fuera irrespirable’, nos dice Jean Goodman”.<sup>10</sup>

Lee decía lo siguiente sobre su padre:



A mi padre no se le daban bien los negocios, y no tenía suerte. Durante la mayor parte de su vida estuvo en el paro. No encontraba trabajo. Se quedaba sentado en casa leyendo las ofertas de empleo. Me daba mucha pena.<sup>11</sup>

Aunque su hermano, Larry, era nueve años menor que Stan, por lo que no pudo ser testigo del trato que sus padres daban a su hermano antes de que naciera, Larry sí recordaba que su madre le instaba regularmente a ser más parecido a su hermano, al que comparaba con el presidente Roosevelt.<sup>12</sup> Así que parece seguro decir que no hubo falta de apoyo de Celia Lieber hacia Stanley. Con o sin dinero, los niños se las arreglan con lo que tienen. Lee recordaba, en 2002, para la ya desaparecida página web *Yesterdayland.com*, algunas de las diversiones que disfrutaba de niño:



Una cosa que recuerdo... era, como si fuera algo oficial, que había temporadas. Por ejemplo: era la temporada de balonmano. De repente, todos los niños del barrio jugábamos al balonmano... Más adelante era la temporada de hockey... y todos jugábamos al hockey (sobre patines) en la calle, arriesgando nuestras vidas porque los coches no paraban de pasar.<sup>13</sup>

Hubo algo que resultó ser lo más emocionante y liberador de la joven vida de Stanley:



Tenía unos 10 años, no sé de dónde sacaron el dinero mis padres, pero me compraron una gran bicicleta roja... Podía ir a donde quisiera.<sup>14</sup>

Sin que Lee lo supiera, fue Ida Davis -la madre de Jean Goodman- quien pagó la bicicleta, así como una pequeña operación en los senos nasales a la que Stanley se sometería en 1934.<sup>15</sup> El puente George Washington se abrió al público por primera vez el 25 de octubre de 1931 (un día antes de que naciera Larry). Así que cruzar en bicicleta esa maravilla de la ingeniería debió de ser algo maravilloso.

Lee se describía a sí mismo como un “estudiante normal” que “no podía esperar a salir a la calle... No es que odiara ir al colegio, pero deseaba que se acabaran las clases y poder salir al mundo real, porque no estaba estudiando nada que me interesara especialmente”.<sup>16</sup>

Cuando se le preguntó si era aficionado a los deportes, Lee respondió: “Sí, pero sólo un aficionado ocasional. No era el tipo de persona que corría por el barrio rompiendo escaparates si mi equipo perdía. O ganaba”.<sup>17</sup> Sin embargo, al vivir cerca del estadio de los *Yankees* y del Polo Grounds, sede del equipo de béisbol de los *Giants* de Nueva York, Lee recordó que estar tan cerca de ambos estadios “era maravilloso” y que era seguidor de “ambos”.<sup>18</sup>

Lo que más le interesaba era la lectura (de todo y de nada) y la cultura popular en general, especialmente el cine y la radio. Lee recordaba haber leído series de libros infantiles populares, como los *Hardy Boys*, los *Boy Allies* y *Tom Swift*. Dos de sus series favoritas, *Jerry Todd* y *Poppy Ott*, escritas por Leo Edwards (el seudónimo de Edward Edson Lee -sin ninguna relación con Lee). Le gustaban especialmente porque tenían más sentido del humor que las otras. Y señaló:



Lo mejor de todo era que al final de los libros de *Jerry Todd* había una sección donde el autor respondía a las cartas de los lectores. Me pareció maravilloso. Me hacía sentir que formaba parte de ello y de que le conocía.<sup>19</sup>

Otros autores que le gustaba leer eran H.G. Wells, Sir Arthur Conan Doyle, Mark Twain y Edgar Rice Burroughs. Un poco más mayor, descubrió a Edgar Allan Poe, Charles Dickens, Edmond Rostand, Omar Khayyam, Émile Zola, “y, por supuesto, a Shakespeare... y la Biblia”<sup>20</sup>. “Creo que mi mayor influencia fue Shakespeare, que era mi dios... Me encantaba Shakespeare. Para mí, era el escritor más completo...”<sup>21</sup>

A Lee también le gustaba la radio, que era una experiencia de comunión familiar. “El domingo por la noche en nuestra casa era la noche de la familia. Comprábamos delicatessen, perritos calientes, alubias y chucrut, si no era un mal momento”<sup>22</sup>. También recordaba:



El domingo era la noche de los cómicos... Estaban Fred Allen y Jack Benny, Edgar Bergen y Charlie McCarthy y también W.C. Fields... Lo curioso para mí era que, cuando llegaba la hora de reunirse con la familia para escuchar la radio, todas las sillas estaban orientadas hacia el aparato. Todos se sentaban mirando la radio como si fuera la televisión.<sup>23</sup>

No es de extrañar que al joven Lee le gustaran las tiras de prensa, tanto en los periódicos como en las ediciones recopiladas que constituyeron los primeros libros de historietas. Sus favoritos eran “los de Milton Caniff... *Terry y los Piratas*. Ese era el mejor. Y luego estaba *Li'l Abner*. Me gustaban las tiras de humor. Me gustaban las de aventuras”.<sup>24</sup> También le gustaban *los cebollitas*, *Skippy*, *Dick Tracy*, *Smitty* y *Los Gumps*.<sup>25</sup> Pero, como dijo en el documental de 2000, *With Great Power*, “crear cómics nunca formó parte de mis ambiciones infantiles. Nunca pensé en ello en absoluto”.

Quizá más que cualquier otro entretenimiento, Lee amaba el cine. Había cinco cines en Washington Heights.<sup>26</sup>

Le impresionó especialmente la película de 1932 *The Mouthpiece*, protagonizada por Warren William, cuya actuación “fascinó” al joven Stanley.<sup>27</sup>

En efecto, William destacaba en la película, interpretando a un agresivo fiscal, Vincent Day, que envía involuntariamente a un hombre inocente a la silla eléctrica. Esto traumatiza tanto a Day que se convierte en un abogado defensor que acabará corrompiéndose, consiguiendo que criminales ricos, que son culpables, queden en libertad. Como puedes imaginar, su vida se vuelve complicada y trágica, no muy diferente de los melodramas que, años más tarde, encontraríamos en los cómics de Lee.

Aunque Lee mencionó en sus memorias de 2002, *Excelsior! The Amazing Life of Stan Lee*, a varias estrellas de cine -en particular a Errol Flynn- de las que era fan, la única película que señala en el libro como la que más le impresionó fue *The Mouthpiece*. Después de ver la película, Lee soñaba con ser abogado y llegaría a ser presidente del Club de Futuros Abogados de su instituto.<sup>28</sup>

También cabe destacar de la película, aunque al parecer Lee no lo notó conscientemente, que la protagonista femenina se llamaba Celia, igual que la madre de Lee. Además, Celia fue interpretada por Sidney Fox, una inmigrante judía de Europa del Este que llegó a Estados Unidos de pequeña y que, antes de irse a Hollywood, vivió en Washington Heights más o menos en la misma época y en la misma zona que la familia Lieber.

No es algo descabellado pensar que ver una cara familiar del barrio de tres metros de altura en una pantalla de cine, unida a un personaje con el mismo nombre que su madre, podría haber causado una impresión tan grande en Lee como la gran interpretación de Warren William, y haber hecho que la película ocupara un lugar destacado entre sus recuerdos.

Lee no recordaba que su familia fuera especialmente religiosa. Sus padres no mantenían un hogar *kosher*, pero Jack Lieber, según Larry Lieber,<sup>29</sup> asistía con cierta regularidad a la sinagoga. Aunque Lee no tuvo una educación judía rigurosa, sí tuvo su *bar mitzvah*. Como recordaba en 2006: “Mi padre insistió en que hiciera el *bar mitzvah*, y recibí un curso intensivo para aprender a leer hebreo, que tristemente he olvidado. Mis padres no tenían mucho dinero en aquella época, y recuerdo que durante la ceremonia en el templo estábamos mi padre y yo, y puede que dos personas que pasaban por allí. Eso fue todo”.<sup>30</sup>

Lee se interesó por la actuación -y por una chica-, lo que le llevó a asistir con regularidad a una sinagoga de Washington Heights (se desconoce si fue la misma en la que hizo su *bar mitzvah*), más o menos en la misma época que su *bar mitzvah*. Tal como él mismo recordaba:



Hubo un tiempo en que quería ser actor, y había un lugar llamado... el [Tabernáculo] Hebreo de Washington Heights [en la calle 161 Oeste]... Y tenían un grupo teatral, así que me uní a él para participar en sus obras... Verás, lo más importante es que allí había una chica que me gustaba. Todavía recuerdo que se llamaba Martha, una chica rubia española, muy guapa, así que me gustaba estar allí por Martha.<sup>31</sup>

Tampoco se sabe si el interés de Lee por Martha fue recíproco y, en caso afirmativo, en qué medida.

Como era habitual en la época, a lo largo de los años Lee se saltó un par de cursos. Eso le permitió entrar antes en el mundo laboral. Pero también le convertía regularmente en el más joven de su clase, por lo que le resultaba difícil relacionarse con sus compañeros, y a la inversa.<sup>32</sup>

Cuando llegó el momento de ir al instituto, probablemente los Lieber vivían en el 1720 de University Avenue, en University Heights, en el Bronx. (Décadas más tarde, el guionista y editor de cómics Len Wein viviría, de niño, en el mismo edificio). La avenida y la zona llevaban el nombre del centro que tenía allí la Universidad de Nueva York (hoy, Bronx Community College). Una vez más, la familia vivía en un apartamento en la parte de atrás del edificio. Lee asistió al instituto DeWitt

Clinton, una enorme institución situada en un extenso campus en las cercanías de la Mosholu Parkway al norte del Bronx. La escuela, sólo para varones, se nutría de una gran parte de la población del Bronx y, en su momento álgido, acogía a doce mil estudiantes.<sup>33</sup>

Clinton, con su mezcla de hijos de inmigrantes judíos, italianos e irlandeses, junto con unos cuantos estudiantes afroamericanos, tiene una de las listas de exalumnos más impresionantes del país, con graduados que alcanzaron logros y fama en numerosos campos. Algunos exalumnos notables de la época de Lee son el escritor James Baldwin, el dramaturgo Paddy Chayefsky y el fotógrafo Richard Avedon. Entre los alumnos de Clinton que, además de Lee, acabaron en la industria del cómic, se encuentran Bob Kane y Bill Finger (creadores de *Batman*), Will Eisner (creador de *Spirit* y pionero de la novela gráfica moderna) e Irwin Hasen (dibujante de *Wonder Woman* y *Dondi*).

Consultando su ficha en el anuario, se puede ver que Lee era miembro de numerosas organizaciones, incluido el Club de Futuros Abogados.<sup>34</sup> Aunque no era editor de la revista literaria de la escuela, *The Magpie* (Chayefsky asumió ese papel), aparecía en sus créditos como publicista.<sup>35</sup>

Fue mientras trabajaba en la oficina de *The Magpie* cuando hizo una travesura que a menudo contaba con orgullo (y también con un poco de vergüenza). Como él mismo recordaba:



Debía de estar un poco loco, incluso ya entonces, porque recuerdo que hacíamos una revista escolar llamada *The Magpie...* y la redacción estaba en una sala llamada The Tower (La Torre), que tenía un techo muy alto, y no había forma de que nadie llegara al techo... Un día lo estaban pintando y uno de los pintores había dejado la escalera puesta cuando se fue a comer, así que me subí y escribí “Stan Lee es Dios” en el techo, lo cual fue una de las primeras pruebas de mi abrumador complejo de inferioridad.<sup>36</sup>

Curiosamente, al hablar de la travesura conmigo en 2017, Lee me contó: “Me avergüenzo mucho de eso, pero, por lo que sé, sigue ahí arriba”.<sup>37</sup>

Cuando le pregunte: “¿Así que ya te presentabas en el instituto como ‘Stan Lee’ incluso?”. Lee me respondió: “No, no me llamaba Stan Lee entonces, no creo. Supongo que lo dije así porque ahora me considero Stan Lee. Pero debí escribir Stan Lieber”.<sup>38</sup>

Cuando tenía quince años, Lee ganó un pequeño premio por quedar en séptimo lugar y un par de menciones honoríficas en tres semanas diferentes en el concurso “Las más grandes noticias de la semana” que celebraba el *New York Herald Tribune*.

Desde luego, no era nada de lo que avergonzarse, pero, por la razón que sea, Lee diría siempre, años después, que había ganado el primer premio del concurso tres semanas seguidas. Sin embargo, no se han encontrado pruebas de tales triunfos.<sup>39</sup>

En algún momento de su etapa en el instituto, Lee fue “iniciado en los misterios y placeres del sexo... uno de mis grandes pesares es que no puedo recordar el nombre de la hija del propietario de la tienda de chucherías del barrio con la que perdí la virginidad”.<sup>40</sup>

Aunque estaba ansioso por salir al mundo, Lee seguía encontrando tiempo para participar en la vida extracurricular en Clinton, incluso mientras mantenía varios trabajos a tiempo parcial. Vendía suscripciones al *New York Herald Tribune* a sus compañeros, tomando como modelo a un estudiante llamado John J. McKenna, que le impresionó haciendo un trabajo similar para el *New York Times*. También repartió sándwiches para la farmacia Jack May's de Manhattan, cerca del Rockefeller Center, donde se enorgullecía de su eficacia, que le permitía cobrar propinas más altas que el resto de los repartidores.<sup>41</sup>

Lee hablaba a menudo de haber estado empleado en el *Federal Theatre Project* de la WPA a la vez que Orson Welles (admitiendo libremente que no trabajaron juntos ni se conocieron). Welles dejó la WPA en 1937, por lo que el tiempo que Lee pasó allí debió de ser cuando aún estaba en el instituto. Sin embargo, en *Excelsior!*, el coautor George Mair escribió que Lee estuvo en el proyecto “durante algún tiempo después de graduarse en el instituto”. En cualquier caso, Lee se unió al proyecto para conocer a una chica que participaba en él. Efectivamente, salieron durante un tiempo. Y después de aparecer en algunos espectáculos, le empezó a gustar la interpretación, pero pagaban tan poco que se vio obligado a dejarlo. De todos modos, el romance con la chica había terminado, lo que facilitó su salida de la WPA.<sup>42</sup>

Tras graduarse en DeWitt Clinton en junio de 1939, a los dieciséis años, Lee trabajó como acomodador en el Teatro Rivoli del centro de Manhattan, donde, según recordaba, tuvo un memorable encuentro con la entonces Primera Dama, Eleanor Roosevelt:



Un día, la Sra. Roosevelt vino al teatro... y todos los acomodadores esperaban que fuera a su pasillo, tuve la suerte de que fuera al mío. Estaba muy orgulloso. Caminé por el pasillo con mi linterna iluminando su camino, con la cabeza alta y los hombros hacia atrás, y dije: “Por aquí, Sra. Presidenta”. Lo cual, por supuesto, fue un error. [“Sra. Roosevelt” habría sido la forma correcta de dirigirse a ella] Caí al tropezar con el pie de un hijo de puta que había sacado la pierna al pasillo, y lo siguiente que recuerdo es que la “Sra. Presidenta” me

estaba ayudando a ponerme en pie. “¿Estás bien, jovencito?”. Puedes imaginar lo avergonzado que estaba.<sup>43</sup>

A continuación, Lee se dedicó a escribir obituarios de celebridades para un servicio de noticias (aunque a veces recordaba haber tenido este trabajo mientras estaba en el instituto), lo que le pareció deprimente, ya que le asignaron la redacción de esuelas de personas que aún estaban vivas, y por eso dejó el trabajo.<sup>44</sup>

La prima de Lee por parte de su madre, Jean Goodman, estaba casada con Martin Goodman, un editor que había triunfado publicando una gran variedad de revistas *pulp*. Martin llegaría a ser una de las personas más importantes en la vida de Lee, pero en ese momento no se conocían bien. Los Goodman pusieron a su primo en contacto con el recién fundado Programa de Servicio Profesional de la organización comunitaria judía *B'nai B'rith*.<sup>45</sup> A través del programa, Lee consiguió un trabajo escribiendo material publicitario para el *National Jewish Health*, un hospital para tuberculosos de Denver, aunque hizo el trabajo desde Nueva York. (Lee recordó que también había alguien llamado “Charlie Plotkin”, que “siempre llevaba puesto un jersey”, se encargaba de conseguirle este y posiblemente otros trabajos de redacción)<sup>46</sup>.

Lee afirmó que “nunca pude entender lo que intentaba hacer [con ese trabajo]: ¿hacer que la gente se contagie de tuberculosis para que vaya al hospital? La idea era que si alguien tenía tuberculosis, teníamos que convencerle de que fuera a ese hospital”.<sup>47</sup>

La relación de Lee con el Programa de Servicio Profesional no duró mucho, y acabó consiguiendo un trabajo como botones para H. Lissner Co., un fabricante de pantalones de Manhattan, donde se sintió explotado y poco apreciado por unos jefes que ni siquiera se molestaron en aprender su nombre. Le despidieron de ese trabajo porque llevaba menos tiempo en la empresa que el otro botones, a pesar de que consideraba que trabajaba mucho más que el otro.

Enfadado por esta injusticia, al salir por la puerta, Lee volcó con rabia unas pilas de órdenes de corte (hojas en las que figuraban datos sobre distintos tipos de pantalones para ser fabricados).<sup>48</sup> Por suerte, nunca tuvo que pedir referencias a H. Lissner Co.

Pero por muy horrible que fuera ese trabajo, Lee no podía permitirse estar desempleado. Necesitaba urgentemente encontrar un nuevo empleo.

Mientras Lee era un adolescente que se abría camino en el instituto, varios trabajos y algún que otro romance, Estados Unidos estaba saliendo de la Depresión, incluso cuando el mundo parecía entrar en erupción. La invasión de Polonia



por parte de Alemania el 1 de septiembre de 1939 -un par de meses después de la graduación de Lee en Clinton- provocó el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos no se involucró en la guerra en sus inicios, pero su participación en el conflicto parecía que solo era cuestión de tiempo.

En el mundo de la cultura popular, 1939 fue famoso por las películas clásicas estrenadas ese año, como *El Mago de Oz*, *Lo que el viento se llevó* y *La diligencia*, en el mundo menos destacado de los cómics también se estaban produciendo acontecimientos importantes. En 1938, Superman había debutado en *Action Comics* #1, y a principios de 1939, *Batman* hizo su primera aparición en *Detective Comics* #27. Desde el principio ambos personajes tuvieron un gran éxito, y los editores -especialmente los de las publicaciones *pulp*, cuyas revistas estaban experimentando una fuerte caída de las ventas- se apresuraron a aprovechar la nueva moda de los cómics de superhéroes.

Entre esos editores *pulp* estaba Martin Goodman, primo de Lee por matrimonio, que en el verano del 39 había lanzado una línea de cómics bajo el sello Timely, comenzando con *Marvel Comics* #1, que tuvo un enorme éxito, ya que vendió cerca de un millón de ejemplares, con muy pocas devoluciones por parte de los distribuidores. El cómic presentó, entre otros personajes, a Namor (el Príncipe Submarino) y a la Antorcha Humana.

*Marvel Comics* #1 y los siguientes títulos de Timely habían sido editados para Goodman por una empresa externa, Funnies Inc. Pero el editor no tardó en querer tener su propia línea de cómics, producida por empleados y *freelancers* que trabajaran directamente para él. Para conseguirlo, a principios de 1940 contrató a dos jóvenes, ambos eran hábiles escritores y se estaban haciendo un nombre en el todavía joven negocio del cómic, el editor Joe Simon y el director artístico Jack Kirby.

Desde las oficinas de Timely en el edificio McGraw-Hill de la calle Cuarenta y dos, ambos editaban cómics para Goodman, creados por ellos mismos y por otros autores. A finales de 1940, Simon (que entonces tenía veintisiete años) y Kirby (veintitres) idearon lo que sería el mayor éxito de Timely: *Captain America Comics* #1. La revista salió a la venta en casi todo el país en torno al 20 de diciembre.

Y fue poco antes de que saliera ese histórico cómic cuando Stanley Martin Lieber, de diecisiete años, llamó a la puerta de Timely, buscando trabajo.<sup>49</sup>